La defensa de los derechos como obra de misericordia



«Un toque de misericordia lo transforma todo. Es el sentimiento más profundo que podemos tener… cambia el mundo… Un poco de misericordia hace que el mundo sea menos frío y más justo»[1]

Después de casi dos décadas de liderazgo en la pastoral universitaria de la Universidad de St. John's (Nueva York), me invitaron a representar a la Federación de Hermanas de la Caridad ante las Naciones Unidas en 2022. De involucrar a estudiantes en edad universitaria en las obras corporales de misericordia, inspiradas por la misión y el carisma católicos y vicentinos de la Universidad, pasé entonces a tener a mi cargo la promoción en el ámbito internacional, con una invitación a practicar las obras espirituales de misericordia, especialmente a instruir a los ignorantes y a orar por los vivos y los difuntos.

Mi ministerio en las Naciones Unidas comenzó con una mañana de profunda

inspiración. En mi primer día, asistí a la reunión mensual de los Religiosos en la ONU (RUN). En el sótano de una sede del Ejército de Salvación en la zona céntrica de Manhattan, dos largas mesas estaban ocupadas por representantes de varias comunidades religiosas católicas. Si la Doctrina Social de la Iglesia Católica es el «secreto mejor guardado de la Iglesia Católica», entonces esta comunidad y sus ministerios le siguen muy de cerca.

Era una comunidad diversa en edades, experiencias, dialectos, orígenes nacionales y carismas, que trabajaba unida por la misericordia y la paz. Al orar juntos al comienzo, no pude evitar apreciar que estos hombres y mujeres son los descendientes espirituales de los grandes santos y héroes de nuestra Iglesia, unidos en espíritu y acción. Ahora me uní a ellos en comunidad, en representación de San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac y Santa Isabel Ana Seton, así como de las 13 congregaciones de la Federación de Hermanas de la Caridad y sus asociados y asociadas. Me sentí (y continúo sintiéndome) humilde ante esta oportunidad y responsabilidad.

Para prepararme para esta nueva responsabilidad, investigué y llegué a valorar más la defensa de los derechos como esencial para el carisma vicentino, tal como escribió San Vicente: «Las obligaciones de la justicia tienen prioridad sobre las de la caridad».[2] Durante tantos años, encontré a Cristo en el rostro de las personas más vulnerables, lo que invitó a nuestros estudiantes a transformarse a través de esta experiencia de alimentar a quienes tienen hambre y vestir a quienes están desnudos. Ahora, así como San Vicente estuvo una vez ante la corte real y abogó por las mujeres y los niños, a mí y a mis colegas se nos encargó hacer lo mismo.

La labor de alcance en el escenario mundial

A medida que los meses se iban convirtiendo en años en las Naciones Unidas, me di cuenta, para mi pesar, de lo complicado que es conseguir la paz y la justicia, y de que el trabajo de defensa de estas causas es terriblemente lento y puede tardar generaciones en dar sus frutos, si es que alguna vez los da.

Al mirar atrás a mi breve permanencia, cada año me enseñó una nueva lección. Durante mi primer año, como la mayoría, me sentí abrumado por la enrevesada organización intergubernamental que son las Naciones Unidas. Me sentía, y continúo sintiéndome, motivado por la brillantez, la pasión y la sencillez de mis colegas, así como por todas las partes interesadas que intentan mejorar la vida de los demás.

En mi segundo año, me costó comprender los datos devastadores sobre la falta de derechos y dignidad humanos en todo el mundo. Por ejemplo, ¿cómo se puede siquiera comprender que aproximadamente 700 millones de personas, cerca del 8,5% de la población mundial, viven en la pobreza extrema y sobreviven con menos de $2,15 al día?[3]

Para cuando llegué a mi tercer año, ya entendía mejor cuál era mi papel y, aunque ni mis compañeros ni yo íbamos a cambiar el mundo en este ministerio, sí tuvimos la oportunidad de mejorarlo. Al trabajar en comités centrados en cuestiones específicas de justicia (es decir, sinhogarismo, minería, trata de personas y armas nucleares), creamos espacio para que quienes han vivido la injusticia cuenten sus historias a las personas más poderosas en el escenario internacional. Asumí responsabilidades de liderazgo en estos comités y utilicé mejor mis dones para contribuir a nuestra labor diaria de defensa, con el fin de reparar los sistemas quebrantados que conducen a la pérdida de los derechos humanos y de la dignidad humana.

Obras de misericordia espirituales: Enseñar al que no sabe

Mientras enfrentaba desafíos profesionales, también enfrentaba los espirituales. Discerní que las obras espirituales de misericordia eran una invitación a una transformación interna y externa.

Comencé con la primera obra espiritual de misericordia: “enseñar al que no sabe”. Siempre tuve dificultades con la palabra “ignorante”, pero he llegado a apreciar que hay mucho que simplemente no sabemos ni entendemos. La humildad surge al saber que cuanto más sabes, menos sabes.

Jesús ofrece un modelo para seguir y poner en práctica esta obra de misericordia cuando llamó a sus apóstoles a hacer discípulos a todas las naciones y les enseñó a seguir su forma de vida (Mt 28, 19-20). Es esencial abrir nuestros ojos y corazones a la realidad para comprender mejor la disparidad de derechos y la falta de dignidad que experimentan nuestros hermanos y hermanas. Al compartir estas injusticias con las muchas comunidades privilegiadas a las que pertenezco, a menudo encuentro apatía y una pregunta auténtica sobre qué podemos hacer realmente para marcar la diferencia, especialmente porque todos tenemos nuestros propios desafíos y cruces que cargar.

Sin embargo, la instrucción aquí es un amable recordatorio del camino de Jesús: ver

nuestra responsabilidad cristiana no solo como una cuestión social o la asistencia fiel a la iglesia, sino como una invitación a conectarnos con las personas más vulnerables entre nosotros y ayudarlas. Nuestro corazón debería conmoverse al conocer los desafíos que enfrenta la humanidad, y debemos encontrar maneras de responder a nivel local y mundial.

Obras de misericordia espirituales: Orar a Dios por vivos y difuntos

La segunda obra espiritual de misericordia que me descubro practicando a diario es orar por los vivos y los muertos. Uno de los comités al que pertenezco en las Naciones Unidas es el Comité de ONG Religiosas (CRNGO). Más de 100 religiones y espiritualidades están representadas en esta comunidad y, aunque nos informamos y educamos mutuamente, nuestro propósito principal es la oración.

Las ONG de carácter religioso suelen ser la voz moral en las Naciones Unidas, recordando al liderazgo las promesas que hizo para mejorar la vida de su gente y defender tanto sus derechos humanos como su dignidad. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que el espacio en el que podemos tener nuestro mayor impacto es la oración.

¡Qué modelo para nuestro mundo fracturado es ver a diversos líderes religiosos reunirse para orar por la paz, la dignidad y la justicia! Compartimos valores y la esperanza de un futuro más justo y que respete y celebre toda la creación de Dios. Es una de las pocas experiencias de mi vida en las que vi cumplirse las palabras de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17, 21).

En una reunión reciente, uno de los líderes del CRNGO dijo, en respuesta a una conversación sobre qué más deberíamos hacer, que «no busca hacer más, sino orar más». Se nos recordó este papel único que desempeñamos: presentar nuestras intenciones a Dios, orar unos por otros, por aquellas personas a quienes servimos y por quienes ya han regresado a casa con Dios.

En mi propia tradición católica, percibo el poder de la comunión de los santos, que nos guían mientras continuamos con lo que ellos iniciaron. Oro por quienes dedicaron su vida a la defensa, tanto vivos como difuntos, para recibir la gracia y la fortaleza de ser como ellos, así como por su intercesión. Rezo por mis colegas en las Naciones Unidas, para que nuestra labor de incidencia no sea una mera actuación, sino que sea eficaz y transformadora. Rezo por quienes tienen el poder de mejorar la vida de los

demás, para que sus corazones se ablanden, y por las personas a quienes representamos, para que experimenten una vida más justa y pacífica.

El sufrimiento: una invitación

El verano pasado, cuando comenzaba a sentirme más seguro y eficaz en este ministerio en las Naciones Unidas, surgió una crisis de salud personal al diagnosticarme cáncer de colon en etapa IV. Después, siguieron con una cirugía y un año de quimioterapia. Mientras escribo este artículo, me acerco a mi última ronda de quimioterapia y espero otra exploración que determinará el siguiente paso en este camino de sanación.

Afortunadamente, a pesar de la gravedad de mi diagnóstico y del impacto del tratamiento, conservé la salud suficiente para continuar con mi ministerio en las Naciones Unidas. El sufrimiento que siguió a cada infusión de quimioterapia se convirtió en una chispa para descubrir las profundidades del amor y la misericordia de Dios de una manera que antes simplemente no era posible. En relación con mi papel en la labor de incidencia global, comencé a preguntarme: «¿Cómo puede este sufrimiento conectarme mejor con el sufrimiento de los demás?». También me pregunté: «¿Qué bien puede surgir de este diagnóstico?». Estas preguntas me han acompañado durante este último año, y supongo que seguirán haciéndolo durante algún tiempo.

Durante este tiempo de sanación, no pude evitar apreciar el acceso a la atención médica que recibía y su calidad, especialmente al considerar la falta de atención médica que padecen tantas personas en el mundo. Por ejemplo, se calcula que el reciente desmantelamiento de USAID provocará 14 millones de muertes, incluidas 4,5 millones de niños menores, para 2030. Esto me persigue a mí y a nuestra nación.[4]

Después pienso en el regalo que supone para mí formar parte de una comunidad, desde el colegio de mis hijos hasta las distintas organizaciones religiosas y laicas a las que pertenecemos. Qué humillante es estar en el extremo receptor de la misericordia y el amor. Me pregunto cómo proteger y apoyar a mis hijas, de seis y nueve años, mientras intentan entender lo que está pasando con su padre y crecen como niñas. No doy nada de esto por sentado, y valoro mucho el privilegio del que disfrutamos mi familia y yo.

Cuántas personas en nuestro mundo también están luchando, pero carecen de esta

asistencia y apoyo. Pienso en las personas de Sudán, Haití y Gaza, por mencionar algunas, y en lo solas que deben sentirse. Desde la falta de acceso a alimentos y agua hasta la violencia continua que destruye sus vidas, deben preguntarse si el resto del mundo siquiera lo sabe y, si lo sabe, si acaso le importa.

Con esta mayor apreciación de mi privilegio llega una responsabilidad renovada. Mi sufrimiento se convierte en mi propósito. Confío en el amor incondicional de Dios y en su mano guiadora para hacer mi pequeña parte en sanar, remediar y amar.

Lo que más me cuesta es el tic tac del reloj que conlleva un diagnóstico de cáncer. Percibo una urgencia de marcar la diferencia y ver el fruto de nuestra labor, no solo por mis propios hijos, sino por todas las generaciones actuales y futuras.

Esto me devuelve a la oración conocida, *Profetas de un futuro que no es el nuestro*.[5]

Me viene a la mente que somos «los obreros, no el arquitecto»; «ministros, no 'mesíases'». Al concluir la oración, con las palabras «somos profetas de un futuro que no es el nuestro», el tic tac del reloj se silencia y la belleza y la oportunidad del momento presente se vuelven más claras.

Conclusión

Cuando dejé un ministerio que amaba en la Universidad de St. John's, me trasladé 12 millas al oeste, a las Naciones Unidas, con gran incertidumbre sobre lo que Dios o yo estábamos haciendo. Aun así, confiaba en que esa invitación transformaría todos los aspectos de mi vida y, con ello, espero que también transformara las vidas de las personas más vulnerables del mundo.

Al mirar atrás, puedo ver la mano bondadosa del Espíritu Santo invitándome a una mayor misericordia y amor. Hay momentos de progreso en las Naciones Unidas que celebrar, aunque aún queda mucho trabajo por hacer. Se han aprendido muchas cosas, se han forjado nuevas relaciones y se ha recuperado el sentido de propósito y la orientación.

Mientras miro hacia el futuro, sin saber lo que me depara, estoy aprendiendo a confiar y a aceptar la voluntad de Dios. Rezo para que nosotros, los defensores de los derechos humanos en las Naciones Unidas, podamos seguir creciendo en este ministerio, aprendiendo a promover mejor los derechos humanos y la dignidad. Rezo

por mi propia sanación y por la sanación de nuestro mundo dividido, y me entusiasma ver cómo las demás obras de misericordia espirituales se integrarán en mi ministerio y en mi vida.

El papa León, en un video reciente dirigido al Congreso Apostólico Mundial sobre la Misericordia, nos anima a seguir adelante. Insistió: «Unamos, pues, nuestra confianza en la misericordia infinita de Dios con nuestro compromiso personal de construir una sociedad más acogedora y misericordiosa, empezando por nuestras familias».[6]

Que cada uno de nosotros responda al llamado a la misericordia, tanto en nuestras comunidades locales como en las globales. Por último, ojalá podamos creer, tal y como se menciona en la cita del Papa Francisco al principio de este artículo, que «Un toque de misericordia puede cambiar el mundo».

Notas:

1. Papa Francisco, *Ángelus,* (17 de marzo de 2013), la Santa Sede, https://www.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2013/documents/papa-francesco_angelus_20130317.html.
2. *Correspondencia, conferencias y documentos de San Vicente de Paúl* CCD:VII:633, citado en John Freund, CM, «La dimensión profética del carisma vicentino a la luz de la doctrina social de la Iglesia» https://famvin.org/en/2025/10/08/the-prophetic-dimension-of-the-vincentian-charism-part-4-saint-vincent-and-the-challenge-of-consistency/.
3. Banco Mundial, «Informe sobre pobreza, prosperidad y el planeta: vías para salir de la policrisis», Washington, DC: Banco Mundial, 2024. https://www.worldbank.org/en/publication/poverty-prosperity-and-planet.
4. Geoff Bennett y Zeba Warsi, «El exdirector de USAID afirma que "la gente se está muriendo" un año después del desmantelamiento de la agencia», *PBS NewsHour*, (1 julio 2026), https://www.pbs.org/newshour/show/former-usaid-head-says-people-are-dying-a-year-after-agencys-dismantling.
5. USCCB, «Profetas de un futuro que no es el nuestro», https://www.usccb.org/prayer-and-worship/prayers-and-devotions/prayers/arc

hbishop_romero_prayer.
6. Isabella H. de Carvalho, «El Papa: En un mundo lleno de conflictos, la misericordia de Dios puede cambiar nuestras vidas por completo», Vatican News, 7 junio 2026, https://www.vaticannews.va/en/pope/news/2026-06/pope-leo-apostolic-congress-mercy-vilnius-lithuania-divine-mercy.html.

imagen: «Sede de las Naciones Unidas» ["United Nations Headquarters"] de United Nations Photo, CC BY-NC-ND 2.0